

# ESPADAS DE SARMIENTO

Por Cristóbal Pastor Burillo

Estábamos en la escuela de los mayores. Debíamos de tener ocho o nueve años, porque recuerdo que era poco después de salir de párvulos. Mi primo Manolito y yo ocupábamos una de esas mesas de dos asientos, con el escritorio inclinado y un agujero en cada lado para poner el tintero. Sería a mediados de los sesenta.

De pronto se oyó un estruendo, la escuela retumbó. Los mayores se abalanzaron a las ventanas y al abrirlas, una nube de polvo penetró por ellas.

-¡Se ha hundido “La casa el Lugar”! ¡Se ha hundido “La casa el Lugar”! -gritaban con asombro.

Cuando salimos al recreo, hasta los más pequeños que no habíamos tenido sitio en las ventanas, pudimos comprobar que en efecto, la parte trasera del viejo caserón del Ayuntamiento se había venido abajo.

Como era por el tiempo de lo azafranes, y la gente aún no había venido de coger, el pueblo estaba casi vacío. Ya a medio día cuando salimos de la escuela, parecía que las mujeres se habían puesto de acuerdo en repetir:

-¡Gracias a Dios que no ha habido muertos! ¡Gracias a Dios que no ha habido muertos!

Durante los días siguientes, la campana del Ayuntamiento que por estar en la fachada principal se había salvado de la ruina, tocó a concejada; y los hombres con sus carros tirados por pares de mulos, se turnaron para quitar los escombros y los tiraron a la salida del pueblo, en un terraplén de la carretera.

No tardamos mucho los chicos en ir a revolver las enrunas, una vez que los trabajos hubieron concluido. Aljezones, adobes, trozos de cañizo, tierra, y papelujos viejos se mezclaban en el terraplén. Como si de un tesoro se tratara, los mayores lo querían sólo para ellos y nos echaron a los más pequeños. Nosotros les teníamos miedo a los mayores, porque en los recreos de la escuela nos pegaban pelotazos.

Mi primo, que tenía más carnes que yo, siempre llevaba moratones por las piernas, y como se los habían hecho con pelotas de frontón, que estaban forradas con piel de gato, lo asustaban diciéndole que también su piel se volvería de gato, que ya le empezaba a cambiar de color y que después le saldría el pelo. Otras veces, nos cogían y decían que nos iban a capar o a meternos al calabozo.

Una mañana nos enteramos de que la tarde anterior, se habían encontrado balas de cuando la guerra. Las llevaron a la escuela y aprovechándose de que el maestro estaba medio ciego, les quitaban los balines, sacaban la pólvora y la recogían toda junta en tinteros vacíos. Más tarde en el recreo, hacían con ella pequeños montones en el suelo y le pegaban fuego. ¡Menudos fogonazos! Los casquillos los guardaron y después de salir de la escuela, hicieron una hoguera y los echaron al fuego. Cuando se calentaron, comenzaron a estallar los pistones y aquello parecía una traca. Nosotros estábamos asombrados. Ansiábamos más que nada llegar a tener en nuestras manos una sola bala, pero la escombrera nos estaba vedada.

A medida que los hallazgos se fueron terminando, decayó el interés de los mandamases por las enrunas del viejo Ayuntamiento. Entonces nos tocó el turno a nosotros, pero allí ya no quedaban balas. Mi primo y yo no nos dábamos por vencidos, levantábamos los aljezones, los adobes, removíamos la tierra. Fue al darle la vuelta a un cañizo, cuando ¡oh milagro! , nos quedamos paralizados. Allí, incrustados entre las costillas del cañizo, había dos grandes cuchillos:

-¡Son espadas! -apuntó Manolito.

Las cogimos, y después de mirarlas con unos ojos como platos, apretamos a correr cruzando campos y arreñales hacia el pueblo. Al llegar a las eras, al abrigo de un pajar nos paramos a contemplar de nuevo nuestro tesoro, y como las piernas nos temblaban por la emoción del hallazgo, decidimos esconderlo en un pedregal y regresar al pueblo, después de prometer guardar secreto sobre lo ocurrido.

Al día siguiente, un poco más tranquilos volvimos al pedregal, cogimos nuestras espadas y por la puerta zaguera entramos en el corral de nuestro abuelo. Allí, a salvo de miradas ajenas las examinamos en poco rato: medían más de dos palmos, como los cuchillos, sólo tenían filo por la parte de abajo y el mango era de madera. Estaba sujeto con dos tornillos por cada lado y en la parte de arriba sobresalía un hierro con un agujero redondo. Según Manolito aquello era el punto de mira y, apuntaba con ella como lo hacen los toreros cuando se preparan para entrar a matar.

Acto seguido nos pusimos a luchar, ¡pero con espadas de verdad! y no con cañas como otras veces. Las hacíamos chocar y el sonido del metal nos entusiasmaba. En alguna ocasión nos golpeábamos la mano y si no nos cortamos, sería porque no estaban muy bien afiladas.

Enfrascados en el fragor de la batalla como estábamos, no vimos que cojín cojeando mi abuelo se acercó a nosotros, y antes de darnos cuenta nos cogió a los dos por el brazo y nos quitó las armas.

-¡Los zagales de la leche! -dijo el abuelo- ¿de dónde habrán sacado estas bayonetas? ¡No sabéis que os podéis hacer mal!

Y como vino se fue, con su zamarra de cuero. Nosotros fuimos tras él dándole explicaciones, pero se metió en la herrería y cuando nos dimos cuenta, las espadas habían desaparecido.

Mi abuelo era herrero. Se llamaba Manuel, pero todo el mundo le decía "el tullido" porque era cojo. Andaba tambaleándose de derecha a izquierda cada vez que daba un paso, cada vez que apoyaba su deformado pie derecho en el suelo. Mi primo y yo nos sabíamos de memoria aquella historia, porque nos la había contado muchas veces en los azafranes, cuando por la noche esbriznábamos todos en la mesa redonda y a nosotros nos tentaba el sueño:

-Fue cuando tenía doce añicos -acostumbraba a decir el abuelo-. Estábamos con mi padre que en paz descanse, herrando una mula guita que tenía "el tío Royo". Cuando fueron a sujetarle la pata de atrás, soltó una media coz la muy condenada y me dio a mí que estaba detrás de ella guardando los clavos y la herradura, en todo el tobillo. Me aguanté como un valiente hasta que la terminaron de herrar, y después mi padre me llevó al médico. El buen hombre me lo empilmó lo mejor que pudo, pero no debió de quedar muy bien porque desde entonces ya no he vuelto a andar en condiciones. Me salió un bultico en el hueso, que después se hizo más grande y el pie se me fue torciendo hacia dentro. Y aquí estoy con esta dichosa pierna.

-Manuel Manuel. ¡Bien sabe Dios que gracias a esa pierna estás vivo! -respondía enigmática mi abuela, tomaba aliento y luego proseguía-. Te libraste de la mili, no fuiste a la guerra... esa pierna esa pierna, ¡otros la hubieran querido!, que ninguno de tu quinta vive para contarlo.

Así, con aquella explicación, nos quedábamos todos tan contentos.

Pero volvamos a lo nuestro, que andábamos sin espadas y sólo pensábamos en la manera de recuperarlas. Una tarde al salir de la escuela, aprovechando que mi abuelo estaba charrando en la calle, nos metimos en la herrería y nos pusimos a buscarlas. Estábamos encenegados buscando por el rinconcico del carbón, agachados removiendo los terrones, y precisamente cuando dimos con ellas el abuelo nos sorprendió:

-¡Rediosla con los zagales! -masculló entre dientes.

Nos cogió por el baticuello, nos levantó poco a poco al tiempo que él se iba agachando hasta poner su cabeza en medio de las nuestras y nos dijo al oído:

-¿No sabéis que si os ven esas bayonetas por ahí y os denuncian a la Guardia Civil, se os llevarán presos y os meterán en el calabozo? Si me juráis que las vais a dejar en paz, un rato que tenga tiempo os enseñaré a hacer magia con ellas.

Así que prestamos juramento con resignación y como nos sentíamos en pecado con el abuelo, para intentar hacer las paces le dijimos que nos íbamos a esperar la cabra, así no tendría que ir él.

A partir de entonces todas las tardes hacíamos lo mismo, dejábamos las carteras en casa, cogíamos la merienda y salíamos a las afueras del pueblo para esperar que llegaran los pastores. En cuanto aparecía "el tío Miguelillo" con el rebaño, como la cabra de mi abuelo siempre iba en cabeza, tan pronto como nos veía salía corriendo.

-“Nina, Nina”- la llamábamos y nos seguía hasta casa.

La metíamos en el cubierto y en una canasta, le poníamos unos puñados de avena entre la paja. Así mientras comía, mi abuela la ordeñaba, y nosotros... pensando en las espadas.

Sería ya pasados Todos los Santos, cuando el abuelo nos llamó para empezar con la magia. Aquel día estaba la fragua encendida y metió las espadas en medio de los carbones. Nosotros nos turnábamos para darle al fuelle. Cuando se pusieron al rojo vivo, sacó una con las tenazas y comenzó a martillarla en el yunque. Golpe tras golpe la fue estirando e hizo con ella una barra redondeada. Cuando ya perdía color, la volvió a meter en la fragua. Sacó la otra e hizo con ella lo mismo. Volvió a coger la primera y martillando ahora en un extremo, hizo en él una especie de corazón y debajo, la barra que era redonda la volvió más aplanada.

-¡Lanzas, son lanzas!, ¿a que estás haciendo lanzas abuelo? -preguntó Manolito.

-Este chico va para militar, -contestó el abuelo, y siguió golpeando sin desvelar el secreto.

Al coger de nuevo la segunda, para más misterio, no repitió en su extremo otro corazón sino que formó una especie de media luna.

Volvió a calentarlas y después con un puntero, hizo un agujero debajo del corazón y otro debajo de la media luna. A continuación amordazó sobre el banco la que sí parecía una lanza, y con el berbiquí pasó por el agujero una barrena para hierro, arrancándole únicamente unas pocas virutas por las orillas. Con la otra hizo lo mismo, y cuando terminó nos mandó otra vez al fuelle para avivar el fuego y calentarlas de nuevo. Esta vez no esperó a que se volvieran a poner al rojo vivo, sino que cuando quisieron tomar color, las cogió con las tenazas y las sumergió de pronto en la pila del agua. Las tuvo sólo un instante, las sacó sin soltarlas manteniéndolas así un rato; mientras canturreaba no sé qué romance como si con ello quisiera medir el tiempo y, las volvió a sumergir.

-Ya están templadas compañeros, -dijo el abuelo-. Ahora mientras se enfrían bien, tenéis que ir al pajar a por un palo de saúco.

Fuimos corriendo. Allí había palos de olmo, de latonero, de sabina, de carrasca... pero yo conocía bien el saúco porque con él, los chicos hacíamos crujideras en los veranos. Volvimos a la herrería llevando el encargo. El abuelo cortó dos trozos de un palmo de largos, y después de pelarlos y redondearles las puntas en una piedra de arena, les sacó la médula con un alambre. Después metió en su lugar los extremos delgados de las lanzas: el saúco hacía de mango, pero... aquello ni eran lanzas ni era nada. ¡Si no tenían medio metro!

Ante nuestra decepción, el abuelo cogió un tornillo que tenía preparado, lo pasó por el agujero de las lanzas de modo que ambas quedaron unidas y, como por arte de magia aparecieron ante nuestros ojos unas tijeras, ¡unas tijeras de podar!

Aún volvió a desmontarlas para poder afilarlas bien. Nosotros hacíamos girar la piedra y el abuelo afilaba, pero estaba más contento él con sus tijeras que nosotros sin espadas ni lanzas.

-“Afilas y no pagas relucir y no cortar” -canturreaba para animarnos.

Nosotros sabíamos que aquella era “la canción del mal pagador” y que se la cantaba a los clientes que siempre dejaban deudas, pero no nos hacía mucha gracia. Además tampoco venía al caso.

-“Afilas y bien pagas, vaciar y bien cortar” -repitió después.

Ya nos cansábamos de tanto darle al manil cuando por fin oímos decir:

-Afiladas a conciencia compañeros.

Después volvió a montarlas, puso el tornillo, apretó la tuerca y hasta les echó unas gotas de aceite para ensuavecer el rozamiento.

-Y ahora sólo falta probarlas, -nos dijo a la vez que acariciaba con sus manos nuestras cabezas- pero eso será ya... para el menguante del mes que entre.

Y llegó Diciembre y llegó el menguante. Era el día de Nochebuena. Me acuerdo porque mi abuela mató el gallo y siempre mataba el gallo para la cena de Nochebuena.

- ¡Blasico!, ¡Manolito!, - nos llamó el abuelo-. Hala, vámonos a probar las tijeras.

Sacó la burra de la cuadra, le puso la manta y encima las alforjas, con el tonel a un lado y en el otro las tijeras. Salimos del pueblo por la calleja. A caballo nosotros y el abuelo andando, apoyado en su largo palo de latonero, cojín cojeando llegamos a la viña.

Nos mandó atar la burra en el ribazo y él, enarbolando las tijeras como si de una bandera se tratara, llegó hasta la primera cepa, dobló ante ella sus espaldas, y tras cortar los sarmientos más gordos se volvió a mirarnos diciendo:

-¡Qué bien cortan estas tijeras! ¡Cómo se nota que están hechas con buen material! Mira que cortan bien.

Y así, cojín cojeando, poda que te poda, no paraba de repetir: ¡pero y que bien cortan estas tijeras!

Mientras, nosotros que íbamos recogiendo; entre gavilla y gavilla, entre cepa y cepa, volvíamos a luchar,... con espadas de sarmiento.

-----

“ Nuestras palabras eran hermosas, no vergonzosas...¡castellanizado nos han!”  
Blasico.

## APÉNDICE:

- ❖ **Coger:** Recoger la rosa del azafrán en el campo.
- ❖ **Arreñales:** Pequeños campos cercanos al pueblo, en los que solía sembrarse forraje para los animales.
- ❖ **Concejada:** Trabajo que se presta de forma gratuita y a turnos por orden de un Concejo o Ayuntamiento.
- ❖ **Esbriznar:** Separar, quitar los briznes o estigmas de la flor del azafrán.
- ❖ **Guita:** Caballería que da coces.
- ❖ **Empilmar:** Recomponer, sujetar, encabestrillar, vendar el miembro dolorido o roto.
- ❖ **Rediosla:** Rediós.
- ❖ **Baticuello:** Parte trasera del cuello.
- ❖ **Crujidera:** Juguete que se hacía con un trozo de sauco, vaciándole su gruesa médula.
- ❖ **Manil:** Manivela.